

Diego Sánchez Aguilar

FACTBOOK

El libro de los hechos

Una distopía deliciosamente perversa, lúcida e incisiva.

Candaya Narrativa 54

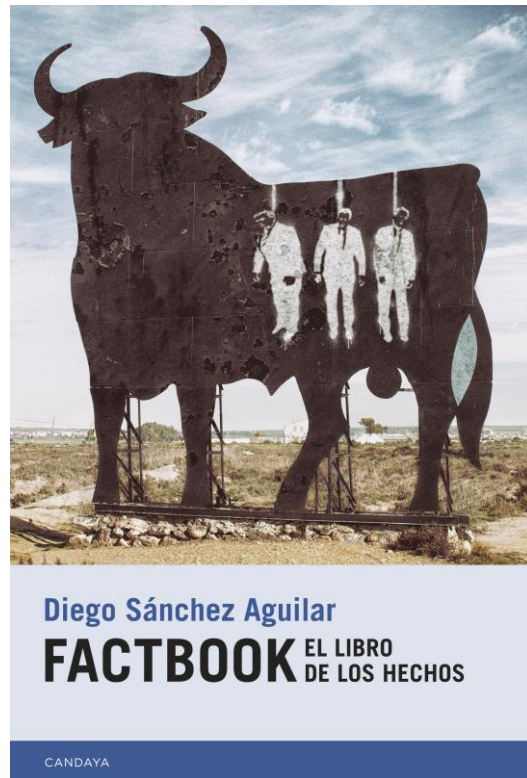
Diseño de la colección: Francesc Fernández

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-15934-57-8

21x14 cm; 352 páginas.

PVP: 18€



LA OBRA: FACTBOOK. El libro de los hechos.

En un país instalado en una eterna crisis económica con la que se quiere justificar todo tipo de sacrificios, la corrupción y la impunidad dominan la vida política, y la resignación y el miedo se han apoderado de la gente.

Cuando el cuerpo del Presidente de la CEOE aparece ahorcado en un toro de Osborne, Rosa se debate entre el instintivo horror por la violencia y el deseo de que ese asesinato se convierta en el detonante de la revolución. Este es el punto de partida de *Factbook. El libro de los hechos* y también uno de los muchos dilemas éticos que se suceden en la novela, invitando al lector a replantearse sus convicciones y a preguntarse qué ha hecho, qué podía haber hecho y qué está haciendo.

En este mundo distópico conviven una clínica ilegal de criogénesis en La Manga del Mar Menor, una clandestina red social (Factbook) cuyos miembros incitan a la rebelión a través de la objetividad de los hechos y los datos, grupos terroristas con nombres de banda de rock, agentes que vigilan y controlan las redes sociales en busca de conspiraciones y enemigos del sistema... A pesar de su apariencia fantástica, *Factbook* es, sobre todo, un lúcido análisis, nada complaciente ni nostálgico, de los últimos treinta años de la sociedad española y de toda una generación: aquella que vivió el 15M como un punto de inflexión que parecía abrir una puerta hacia algo que no se sabía bien qué era.

EL AUTOR: DIEGO SÁNCHEZ AGUILAR



Diego Sánchez Aguilar (Cartagena, 1974) es Doctor en Filología Hispánica y profesor de Lengua Castellana y Literatura.

Nuevas teorías sobre el orgasmo femenino obtuvo el Premio Setenil al mejor libro de relatos publicado en España en 2016. Como poeta ha publicado *Diario de las bestias blancas* (Premio Internacional del Poesía Dionisia García, 2008) y *Las célebres órdenes de la noche* (2016).

También es autor de *Poesía vertical*, edición crítica de la obra de Roberto Juarroz para la editorial Cátedra. Ha publicado reseñas y artículos de crítica literaria en revistas como *Quimera* o *El coloquio de los perros*.

DE LA OBRA ANTERIOR DEL AUTOR SE HA DICHO:

“En el caso de Diego Sánchez Aguilar, los elogios que puedan verse sobre su reciente libro de relatos serán todos justos y de ninguna manera deudores del paternalismo, la hipocresía, la amistad o la cautela. Son auténticas obras maestras del género. Lo repetiré, por si algún lector ha pasado los ojos distraídamente sobre la última línea: auténticas obras maestras del género. No se percibe en sus páginas ninguna vacilación estilística, ninguna bisonñez temática, ninguna falla estructural. Constituyen gráciles ejercicios de soltura y de plenitud literaria. Todo en estos relatos evidencia la huella de un escritor de genio.” **Rubén Castillo Gallego, Blog *La tormenta en un vaso*.**

“Sánchez Aguilar consigue aquello tan difícil de transformar las descripciones en acciones, de hacer que estas no solo nos sitúen en el escenario, sino que nos den información sobre los personajes.” **Verónica Nieto, Revista de Letras.**

“Diego Sánchez Aguilar disecciona la soledad, el fracaso, la incomunicación o el cansancio de unos personajes con los que no resulta difícil identificarse a nuestro pesar, nos pasa lo mismo que a ellos: el sexo y la vida no es como nos lo contaron (...) Estamos, en definitiva, ante un libro espléndido, en su concepción y en su factura. No un libro más de los que pueblan la mesa de novedades sino un libro en verdad necesario que, ojalá, sirva para que muchos descubran a este magnífico poeta.” **Javier Moreno, El Cuadernos digital.**

“Una particular peep show de 160 páginas narrado con una prosa impecable y muy actual.” **Culturas Madrid.**

“Este libro es un catálogo de la insatisfacción. Una poética de lo cotidiano con la que Sánchez Aguilar analiza con gran acierto y profundidad el alma humana del hombre contemporáneo y demuestra una sutileza inusual, una sensibilidad extrema y gran capacidad de observación.” **Pedro Pujante, La opinión de Murcia.**

“Sánchez Aguilar, sin descuidar el lenguaje, no apuesta fervorosamente por el juego metafórico. Su prosa es cuidada, (...) prefiere la disección psicológica de sus personajes frente al vuelo poético.” **David Pérez Vega, Revista EÑE.**

POR QUÉ FACTBOOK PUEDE INTERESAR A LOS LECTORES:

1. *Factbook. El libro de los hechos* es una atractiva distopía con elementos fantásticos pero, al mismo tiempo, muy apegada a la realidad contemporánea. De hecho, gracias a los elementos distópicos introducidos junto a los reales, consigue que veamos de una forma distinta y más lúcida la situación social y política de la España actual.
2. El tema del terrorismo, los personajes asesinados (Director del FMI, Presidente de la CEOE, Ministra de Empleo...) y la posibilidad de una revolución ciudadana contra los responsables de los recortes, la corrupción y la represión social, son problemáticas actuales, muchas de ellas polémicas, que no dejarán indiferente a nadie.
3. La visión crítica que se ofrece de toda una generación culta, universitaria, fundamentalmente egoísta y complaciente, también promete una gran cantidad de debate y encendidas interpretaciones sobre este nuevo paradigma de las nuevas generaciones.
4. El tema recurrente del apocalipsis, de la sensación de que todo está a punto de explotar, o incluso el deseo latente de que todo explote, que atraviesa al personaje de Rosa, es uno de esos “deseos silenciosos” o sentimientos ocultos con los que muchos lectores podrán sentirse identificados.
5. Las referencias culturales, musicales, cinematográficas y artísticas que definen a los personajes de la novela, especialmente a Gustavo, son un elemento de reconocimiento lector muy poderoso. Toda la “generación Radio 3”, universitaria y culta, que ahora está entre los treinta y los cincuenta, se verá directamente retratada e interpelada.
6. El elemento fantástico de la clínica clandestina de criogénesis, como una especie de suicidio asistido para redimir el sentimiento de culpa por una vida de egoísmo e indiferencia, es uno de los grandes aciertos de esta novela que también puede generar debate y polémica.
7. El estilo literario está muy cuidado pero, al mismo tiempo, las voces que narran en primera persona son directas, sencillas, orales y ágiles, permitiendo el acceso a un amplio público lector, no necesariamente especializado en “literatura literaria”, como ya ocurrió con el anterior libro de Sánchez Aguilar, “Nuevas teorías sobre el orgasmo femenino”, que ha tenido un gran éxito tanto de crítica como de público y que está agotando ya su segunda edición.
8. Literariamente, esta novela es deudora de los grandes renovadores de la narrativa norteamericana: Pynchon, DeLillo y David Foster Wallace. No obstante, lo polémico de sus temas y su actualidad social pueden acercarlo también a autores con gran éxito de ventas como Manuel Vilas y, sobre todo, Michel Houellebecq.
9. Diego Sánchez Aguilar es un activo agente de la literatura y la cultura murciana y nacional, colaborador habitual con reseñas y artículos en la revista “El coloquio de los perros” y amigo cercano de la mayoría de escritores de la región como Miguel Ángel Hernández, Leonardo Cano, Ginés Sánchez, Manuel Moyano, José Óscar López.

FRAGMENTO DE FACTBOOK

1

La música del telediario crea en el silencio del salón una sensación de invasión controlada, de apocalipsis cotidiano y consentido. Ya está aquí el mundo, con las estruendosas trompetas que anuncian su venida. El pacto con lo real, pidiendo con histeria que miremos, que saquemos las cabezas de nuestras cuevas. Mi madre me despertaba con el mismo apremio, la misma urgencia ante el acontecimiento de la llegada de un día nuevo, de un autobús que siempre va a escaparse.

El presentador del telediario empieza a hablar con la música todavía acompañando sus palabras, como si estas necesitaran de ese impulso melódico para poder entrar en las habitaciones, en la intimidad múltiple y única de todos los edificios y sus ventanas. Tiene que elevar la voz, mantener un tono fuerte y urgente, subir sus palabras a la cresta de las ondas sonoras de la alarmante cabecera: “El cuerpo ahorcado del presidente de la CEOE. No se descarta la hipótesis terrorista”.

Las imágenes muestran el toro de Osborne desde abajo. Una estructura de hierros, una realidad oculta y magnífica, como una dimensión desconocida recién descubierta. Barras de hierro en diagonal, barras paralelas verticales cruzándose con otras horizontales, de una escala no humana.

El reportero está debajo de las vigas: parece pequeño, parece perdido en esa ciudad esquemática de estructuras vacías y enormes a las que nunca había prestado atención cuando veía las siluetas de los toros desde la distancia de mi coche.

Los trabajos corregidos encima de la mesa, como objetos extraños que no me pertenecen de ninguna manera. Mi letra en tinta roja, pequeña y nerviosa, sobre el cuerpo redondo y perezoso de la caligrafía adolescente. Esas correcciones como cicatrices sobre unos cuerpos sin alma, con un alma tan lejana como la mía. La lucha inútil de esas dos caligrafías; la lucha en silencio que mantienen ahí, sobre el papel, mientras se funden en la penumbra.

Envuelto en sombras, como un vagabundo en una manta gris, llega el tiempo del ocio y del descanso, el cambio de turno, sin alegría ni satisfacción, otro paso hacia nada. Martes, ocho de la tarde, eso es ahora. Tiempo de ocio, territorio del presente.

THC 3 miligramos. El sonido del blíster, como descorchar las horas que quedan de este día en una fiesta aburrida y silenciosa.

“Ya casi es miércoles”

A veces hablo sola. Casi nunca en voz alta; eso es una barrera, una línea roja que todavía me reservo. Esa reserva revela que aún creo en el futuro; que hay, en alguna parte de mí, una idea del futuro. Y hablar sola en voz alta está allí, de una forma abstracta pero inevitable, como la imagen de la meta para el corredor de maratón mientras avanza concentrado solamente en respirar, tomar aire y expulsarlo.

La luz que entra por la ventana viene cargada de tiempo, deposita toneladas de presente en las paredes, con esa tonalidad sin nombre que tiene el aire concentrado del anochecer: es el reverso o la negación del color que ha tenido durante el resto del día.

Los policías están debajo del toro de Osborne, como muñecos de uniforme debajo de un enorme juguete ajeno a esa colección, como una composición que un niño hace una tarde aburrida sobre la alfombra del salón de su casa.

“Levántate, quieres comerte una manzana”

Me como una manzana solamente para poder fumarle el cigarro de después de la manzana. Con cada bocado que doy a la fruta pienso en la primera calada que daré al cigarro que me fumaré cuando la termine.

A veces sí digo alguna palabra en voz alta. Un “mierda”, cuando se me cae algo al suelo. Y, cuando pasa, cuando suena la palabra fuera de mi boca, siento el mismo terror que cuando el sonido del plato que cae al suelo lanza su propio graznido. Lo esperaba. Sabía cómo iba a sonar. Pero siempre hay un desajuste, una imposición irreconciliable con la imagen mental. En esa diferencia habita la realidad. Esa voz ajena, que nunca encaja con la voz interior: es el territorio del acontecimiento, de la muerte.

La pintada está hecha en la parte delantera del toro, la parte *comercial*, limpia de vigas. Hay que hacer un esfuerzo de corrección de la realidad para leer esas letras blancas, hechas con plantilla, con la misma tipografía que la de la red social, pero cambiando una sola letra: “Factbook.”

“La hipótesis terrorista, la prótesis terrorista”

Acudo a la llamada de la música del telediario siempre, todavía. España es un relato, una serie con demasiadas temporadas, un culebrón interminable al que estuve enganchadísima, y del que cada vez me aparto más. Acudo a la llamada del telediario para mantenerme todavía dentro, solo para entender mañana las caras de la gente en la calle y saber qué dicen las conversaciones en marcha de los compañeros de trabajo. Entrego una pequeña parte de mi atención, para engrosar el cuerpo social y mental sin el que el país se vendría abajo como un telón cansado.

Firmé un Change.org pidiendo que no se aprobara la Ley de Libertad de Empleo que eliminaba completamente la indemnización por despido.

Imagino un país sin televisión. Un país en el que toda información y entretenimiento se eligiera personalmente en la Red. Mi consumo de televisor se ha ido reduciendo al telediario. El resto del tiempo es la *tablet* encendida eternamente, los “amigos” elegidos en Facebook, las películas elegidas por mí entre toda la Historia del cine, los libros elegidos por mí entre toda la Historia de la literatura. Elecciones personales, islas dentro islas, una nación solipsista y fragmentaria.

El franquismo fue el tiempo de una sola cadena de televisión. La transición, el bipartidismo, fueron el régimen político de una nación unida por la fingida diversidad de las nuevas cadenas privadas. Las tetas y la cultura, la movida, las comedias españolas liberales, los decorados de los programas musicales, tan *modernos*, todo tan copiado y tan triste: Telecinco y Antena 3, La 1 y la La2, PSOE y PP. La aparente fragmentación del parlamento actual, la política de pactos y rupturas y minorías es la política de las islas, de los grupos de Facebook y de WhatsApp. Todos parecemos diferentes, irreconciliables. Todos somos iguales. La voz del telediario nos une. Todos los telediarios dan las mismas noticias, en todas las cadenas. Sigue habiendo una sola voz. La voz del presentador.

Voy al cuarto de baño. Sentada en el váter, el sonido del chorro de mi orina cayendo sobre el agua del fondo se mezcla con la música del telediario y con la voz grave y trabajada del presentador. “Un nuevo ahorcado en lo que ya parece una serie...”. El sonido de la cisterna anula esa voz, se convierte en música para otro telediario más radical e insobornable.

Firmé un Change.org para que no se aprobara la Ley de Libertad Educativa que obligaba a las Administraciones Educativas a ofrecer el mismo número de plazas privadas concertadas que públicas.

Esa promesa del apocalipsis con que el telediario nos hace levantar la cabeza para mirar las señales, dónde ha caído esta vez el meteorito, cuándo empieza el mecanismo que hará descarrilar por fin al mundo. Acudo siempre, con esa esperanza adormecida, continuamente excitada por esa música estridente que lo promete todo y al final no entrega nada.

El hierro, el óxido, el viento. La vida en silencio y sin banda sonora que sucede detrás de la imagen, de la figura recia y omnipotente del toro, de esa lámina bidimensional que nos mira pasar en la autovía. Pienso en la soledad de todo ese metal en la madrugada de las autovías. Pienso en la estructura que lo sostiene, en el viento tropezando contra la silueta del toro y en la fuerza que empuja las vigas hacia dentro de la tierra.

Imagino al asesino debajo del toro, escuchando esos sonidos, mirando el cuerpo oscilante del Presidente de la CEOE. Imagino al asesino con pasamontañas. Un verdugo. No un grupo. Una sola persona, en medio de todo ese silencio. No hay ningún pensamiento bajo el pasamontañas. Como una película de autor, sin banda sonora. Un plano general, de siluetas entre la oscuridad y el viento.

No debería usar siempre la misma música el telediario. Debería adaptarse a la capacidad apocalíptica de las noticias. Usar siempre la misma música, para una ola de frío o para un atentado con cien muertos, es un error narrativo imperdonable, la banalización de todo lo narrado.

Sé que hablaré sola algún día. Veo la meta, me veo a mí misma o, mejor dicho, me escucho a mí misma hablando sola aquí, en este sofá. Es una imagen inevitable, una realidad que va preparando el terreno de su aparición. Puede que lo haga moviendo la cabeza.